

El desarrollo de la lucha de clases en Egipto

Lafif Lakhdar

Junio de 1977

Hay personas que pierden de vista dos puntos importantes sobre Egipto, y por ello les resulta extremadamente difícil comprender lo que ha sucedido y lo que podría suceder en el país. Estos dos puntos son: el fracaso de la burguesía egipcia, desde la época de Mehmet Alí hasta Nasser, para superar la crisis de acumulación primitiva del capital; y el proceso de emancipación en la conciencia del proletariado egipcio de la ideología y dominación de esta burguesía. En este artículo tratamos de arrojar luz sobre la historia y las potencialidades de estos dos fenómenos

Caída de la vieja burguesía

Desde el principio, los líderes estalinistas árabes han estado vinculados con la diplomacia rusa, rompiendo así con toda implicación real en las cuestiones sociales y políticas – que se habían agudizado, sobre todo, tras la Segunda Guerra Mundial. Inmediatamente después de que el Kremlin cambiara su política sobre la cuestión palestina, esta desconexión se coronó cuando aceptaron la partición de Palestina, aunque estos líderes habían estado luchando contra ella hasta el último minuto, demagógica y nacionalistamente, ocultando así el delirio religioso nacionalista de los líderes burgueses. De esta manera, los estalinistas dejaron la dirección del movimiento de masas en manos de los líderes burgueses nacionales, – un movimiento cuya base estaba principalmente en el joven proletariado urbano en ascenso, el proletariado rural y los campesinos oprimidos.

Al-Wafd en Egipto, el Neo-Destour en Túnez, el Partido del Pueblo y luego el FLN en Argelia, Al-Istiqlal en Marruecos – todos estos partidos tenían direcciones burguesas y bases proletarias y pequeñoburguesas. Así pues, el proletariado urbano y agrario árabe no formó una clase para sí, un movimiento autónomo con sus propios objetivos y los medios para conseguirlos. Se limitó a formar un

ejército que luchaba en beneficio de la burguesía, que luego lo utilizó tanto para presionar a las autoridades coloniales como para negociar con ellas, con el fin de acceder al aparato estatal existente. Se consiguió la «independencia nacional». Pero con la rígida división internacional del trabajo entre las burguesías industriales dominantes y las burguesías atrasadas y dependientes, esta «independencia» no era más que la independencia de las masas proletarias, que la habían conseguido a costa de su propia sangre, y la dependencia fundamental de las burguesías occidentales.

Los trabajadores de las ciudades y del campo esperaban contra toda esperanza que la independencia significaría el fin de su explotación. Pero –como prueba irrefutable de su retrasada conciencia de clase– autorizaron a «su» dirección burguesa a cumplir esta aspiración. Era natural que esta dirección no solo no hiciera realidad el deseo de los trabajadores, sino que incluso traicionara promesas tan modestas como el derecho al trabajo, la educación y el tratamiento médico. Estas eran promesas que había hecho a las masas, el 84 % de las cuales eran analfabetas, para las cuales la carne es un lujo y los alimentos básicos (pan y habas) suelen ser insuficientes. Desde la época de los faraones padecen enfermedades endémicas. La mitad de los campesinos egipcios sufren de esquistosomiasis, y 100.000 de ellos mueren de ella cada año por ir descalzos y bañarse en los canales.

La decepción de las masas y el hecho de que la burguesía traicionara sus promesas brindaron al proletariado la oportunidad de separarse inmediatamente de la burguesía que se había convertido en clase dominante. Pero esto no sucedió, porque la conciencia del joven proletariado en ascenso (que no había librado su lucha contra la burguesía colonial en su propio interés) seguía colonizada por la ideología nacionalista-religiosa de la burguesía. El proletariado había sido persuadido de que su peor, o mejor dicho, su único enemigo era el extranjero: el imperialismo y el sionismo. En casa eran todos «hermanos en Dios y en la Patria».

El islam, esa alienación popular tan arraigada, que considera la solidaridad entre creyentes una condición previa para creer sinceramente, reforzó y apoyó esta ideología paralizante.

En este contexto, Al-Wafd, el partido dominante en Egipto, fue capaz de manipular los sentimientos de las masas agraviadas, enviándolas de vez en cuando

a batallas inútiles contra la ocupación británica, con el fin de distraer su atención de sus problemas cotidianos de supervivencia, y seguir engañándolas con su pretendido anticolonialismo.

La incapacidad de la burguesía dominante para superar el problema de la acumulación primitiva del capital obligó a los trabajadores y desempleados, para quienes la crisis se había vuelto insostenible tras la Segunda Guerra Mundial, a plantear sus propios problemas. Pero la incapacidad intrínseca de la burguesía impidió la solución a estos problemas. Así pues, las masas proletarias se vieron obligadas a la huelga y a la manifestación para asegurar su supervivencia física. De hecho la crisis socioeconómica del periodo 1945-52 royó los pilares ya tambaleantes de la sociedad egipcia, amenazándola con una guerra civil prolongada en las ciudades y con levantamientos endémicos en las zonas rurales como los que sacudieron el campo europeo durante la gran crisis del feudalismo hasta su colapso final en 1789.

Como he escrito anteriormente: «A pesar de las fáciles y enormes ganancias posibilitadas por la Segunda Guerra Mundial, cuando los precios alcanzaron un nivel récord en comparación con los salarios, la burguesía egipcia no renovó su equipo productivo, sus métodos de trabajo ni sus sistemas administrativos, para no reducir la tasa de ganancia invirtiendo en industrias pesadas o avanzadas. Debido a eso, las industrias artesanales y manufactureras siguieron siendo más dominantes en número y producción que las industrias mecanizadas, que solo representaban el 15 % de la renta nacional, y no podían emplear a más del 10 % de la mano de obra. Como su principal interés era obtener beneficios rápidos y no desarrollar las fuerzas productivas, invirtió la mayor parte de sus beneficios en la agricultura y el sector de la construcción hasta 1952».¹

La derrota de la burguesía árabe bajo la dirección de la burguesía egipcia en 1948 por el sionismo, que realizó su proyecto de un Estado separado, agravó la crisis de la burguesía egipcia e hizo caer su última hoja de parra, exponiendo su desnudez ante las masas, y haciendo inminente e inevitable su caída.

Bajo el dominio de la burguesía latifundista y compradora, con una burguesía industrial débil e incapaz de acceder al poder, la crisis se extendía día a día. Cuanto más se extendía la crisis, menos podía la clase dominante frenar la conflictividad cada vez mayor en las ciudades y en el campo: las revueltas de los míseros campesinos y trabajadores agrícolas, las huelgas de los obreros industriales

en Shubrā al-Khaymah, Kafr ad-Dawwār, El-Mahalla El-Kubra... y las manifestaciones de la propia policía contra el régimen. En 1952 ardió El Cairo. Pero las fuerzas de clase enfrentadas estaban igualmente equilibradas, de modo que la continuación de la lucha solo podría haber conducido a una larga guerra civil, que habría dejado abiertas todas las posibilidades.

Ante esa doble incapacidad: la de la burguesía de mantener la paz social y la de las masas populares –en las que el proletariado era una minoría insignificante– para derribar inmediatamente el régimen, el ejército, único poder relativamente coherente, armado y organizado, se movilizó para deponer al rey del trono, que en cualquier caso solo estaba ocupado a medias. El surgimiento del bonapartismo nasserista a través del golpe de Estado de 1952 no fue esencialmente una transformación histórica de una clase social regresiva a otra progresista. Fue más bien una ligera renovación de la misma clase social fatigada, mediante la deposición de sus dirigentes, sin ninguna interrupción histórica.

La nueva burguesía

Cuando el Máshrek (Levante) árabe, a iniciativa de Egipto y bajo su dirección, comenzó en 1952 a abandonar la vieja burguesía –la alianza de la burguesía latifundista y compradora ausente– en favor de la «nueva» burguesía burocrática, esto no significó el inicio de una nueva época, sino más bien la insatisfacción con la vieja época social. La región estaba entrando –o, más exactamente, volviendo a entrar por la puerta de atrás– en la era del capitalismo de Estado no industrial que había caracterizado su historia desde Umar ibn al-Jattab (el segundo califa) tomó el poder en Irak. Solo había habido una ruptura relativamente breve: la aparición del imperialismo europeo en la región, y el reconocimiento de la propiedad privada en el sentido occidental.

Desde que la revolución proletaria de 1917 se apagó en Rusia, y la contrarrevolución se estableció en sus ruinas en 1918, quedó claro que el capitalismo de Estado/jefe es la última forma de capitalismo en crisis. Fue entonces cuando la autoridad bolchevique devolvió el poder tiránico a los directores designados en las fábricas, le devolvió a los cuadros burgueses sus privilegios y pagó a los obreros a destajo, que es la peor forma de explotación.

Los partidos burocráticos, bajo el liderazgo de intelectuales dinámicos, fueron el agente histórico que estableció el capitalismo de Estado en Europa del

Este y en parte de Asia por medio de revoluciones burocráticas. Hubo muchos países que se perdieron la ola de revolución burguesa liberal de los siglos XVIII y XIX, y la revolución burocrática totalitaria de la primera mitad del siglo XX. No tenían un partido burocrático militante que organizara a las clases oprimidas en un ejército que pudiera cambiar el catastrófico equilibrio entre la vieja y débil burguesía dominante y estas fuerzas de clase en su propio favor, como núcleo y crisol de una nueva clase, que pudiera alcanzar a la burguesía industrial. En estos países, el ejército era la única fuerza social capaz de intervenir para decidir la lucha a favor de la vieja burguesía, tras destituir a su dirección y «fertilizarla» con numerosos cuadros militares, para dirigir la economía nacionalizada, pero monopolizando para sí la autoridad política.

El capitalismo de Estado en los países «socialistas» puede haber logrado un desarrollo horizontal y capitalista de un cierto periodo histórico, pero el capitalismo de Estado militar y retrógrado no hizo sino señalar la agonía de un modo de producción en deterioro, y fue una expresión evidente del fracaso del modo de desarrollo capitalista tanto en el capitalismo de Estado como en el liberal. Esta es la señal de que una época histórica había llegado a su fin, como se puede comprobar muy bien examinando críticamente los experimentos nasseristas y análogos en el tercer mundo.

La «nueva» burguesía egipcia comenzó su senectud en virtud de, y durante, la Segunda Guerra Mundial, que interrumpió el intercambio y el comercio entre Egipto y Gran Bretaña. Esto significó que las necesidades del ejército de ocupación británico y de los consumidores egipcios tuvieron que satisfacerse localmente. Esto llevó a la aparición inicial de la burguesía industrial en Egipto, tras un retraso causado por la inclinación histórica de la burguesía árabe a reinvertir en agricultura y bienes raíces, y por los privilegios consulares.

El hecho de que la burguesía egipcia hiciera su aparición tardíamente, y el hecho de que estuviera senil la hicieron consciente de su propia fragilidad. Tendía a abstenerse de ser aventurera, cosa que la burguesía en ascenso suele ser. Y realizaba inversiones a corto plazo, negándose a renovar el capital fijo necesario para modernizar la industria e incrementar la productividad. Era ávida de beneficios rápidos y fáciles, y se negaba a ahorrar. El ahorro era una de las cosas más importantes que diferenciaban a la burguesía europea en ascenso de la nobleza en declive. Estos defectos inherentes, junto con las condiciones del mercado mun-

dial, hicieron que resolver la crisis de acumulación, es decir, lograr el desarrollo, fuera una mera ilusión.

El principal criterio del éxito del desarrollo industrial es una tasa de crecimiento económico claramente superior a la tasa de crecimiento de la población. La burguesía egipcia no lo consiguió ni antes ni después de 1952. Desde 1913 hasta 1955 las tasas de producción fueron equivalentes a la tasa de natalidad: 1,7 % anual. Desde 1956 hasta 1965 –el periodo de auge económico efímero, que se debió esencialmente a la acumulación resultante de la confiscación de los bienes de los extranjeros tras la guerra de Suez, las nacionalizaciones de 1962, los préstamos rusos aún no vencidos y la militarización del trabajo asalariado– la tasa de desarrollo fue más alta que la tasa de natalidad; un 4,6 % anual. Desde 1956 hasta 1967 las tasas de desarrollo descendieron en comparación con la población: 1 % anual. Desde 1967 hasta hoy, la economía egipcia no ha experimentado ningún desarrollo, sino que sus problemas han aumentado. La grave crisis comenzó una vez más a desgastar a las masas proletarias y a debilitar el cuerpo de una economía perennemente enferma. Las razones: las fuentes locales de acumulación de capital se estaban secando debido a la incapacidad de la burocracia nasserista –al igual que sus predecesores– de cambiar la sociedad estancada y tradicional; los elevados intereses de los préstamos extranjeros, especialmente de los de corto plazo; la alta tasa de emigración de los trabajadores cualificados –500.023 entre 1956 y 1976– y el asombroso aumento de los costes del hinchado, improductivo y corrupto aparato burocrático, en una nación en la que el renta real media per cápita no supera los 240 dólares anuales.

Es importante examinar las razones subyacentes del fracaso de la burguesía burocrática para encontrar una salida a la crisis de acumulación.

Crisis de la agricultura

La modernización de la agricultura por medio de la racionalización, con el fin de incrementar su productividad y ampliar su superficie, fue uno de los pasos iniciales más importantes hacia el desarrollo industrial llevados a cabo por la burguesía industrial en el último siglo; especialmente hacia el crecimiento de la industria siderúrgica, los fertilizantes, los materiales de construcción y las máquinas agrícolas, y hacia la creación de un mercado interior solvente. Sin embargo, la burocracia nasserista descuidó la racionalización de la agricultura, el

primer paso hacia la creación de un mercado local activo. La modernización de la agricultura es de vital importancia en Egipto debido a la catastrófica escasez de tierras cultivables. En los últimos 100 años la tierra cultivable aumentó en tan solo 2.250.000 acres, 900.000 de ellos en los últimos 25 años. Se pueden sumar unos posibles 500.000 acres que podrían cultivarse en los próximos años. Por tanto, la superficie cultivable ascenderá a unos 8.500.000 acres.² La población aumentó en el mismo periodo de cinco millones a más de 39 millones.

Habría bastado con racionalizar la agricultura para incrementar la productividad de la tierra y reducir el mortal esfuerzo físico de los tres millones de asalariados o trabajadores autónomos agrícolas, para disminuir la jornada laboral y, por tanto, para absorber a los hambrientos millones de parados de las zonas rurales. Pero el crédito que la burocracia destinó en 12 años (1955-67) a modernizar el sector agrícola era menos de un cuarto de la cantidad destinada a la industria. De hecho, el primer paso serio hacia la solución de la crisis del campo egipcio habría requerido, entre otras cosas, la duplicación de los créditos agrícolas como mínimo.

Sin embargo, «los Oficiales Libres eran conscientes desde el principio de que su tarea era resolver la crisis de la vieja burguesía y no la crisis de la sociedad egipcia, y que su función no era modernizar la sociedad egipcia, sino intentar renovar la apariencia exterior de la clase dominante realizando reformas agrarias desde arriba en un intento de estimular el estancado mercado local para el estrato industrial de la burguesía egipcia, y ampliar este estrato transformando una parte de la burguesía latifundista (mediante compensaciones) en burguesía urbana productora de valor. No se preocuparon de resolver los problemas de los fellahin sino de aliviar la guerra civil latente. Así, no se ocuparon de la crisis real del campo, que no podría haberse resuelto sin la iniciativa de los propios trabajadores agrícolas, y sin hacer un esfuerzo concentrado para transformar las grandes granjas confiscadas en cooperativas modernamente equipadas, administradas por soviets elegidos, que pudieran ser expulsados en cualquier momento».³

En lugar de este proyecto elemental, la burocracia nasserista introdujo una reforma agraria que en realidad era una destrucción agraria. Pero no pusieron esta reforma en manos de los trabajadores agrarios y los campesinos pobres. Asignaron la tarea a oficiales corruptos de la burguesía latifundista ausente, que siente un odio ciego hacia el campesinado. La burocracia nasserista dividió las grandes

explotaciones de regadío en pequeños fragmentos cultivados de forma primitiva, infligiendo así un duro golpe a la productividad de la tierra. Además, mantuvo la ley de herencia musulmana, que a su vez contribuyó a atomizar la tierra cultivada. Esto no ayudó a mecanizar la agricultura ni a alternar los cultivos. Ni siquiera la burguesía gobernante lo esperaba. La agricultura no puede racionalizarse sin la creación de industrias que la modernicen: industrias para producir, o al menos montar tractores, para producir fertilizantes, insecticidas, etc. Sin embargo, la primera preocupación de la burocracia militar era establecer fábricas militares.

«Nada anima al campesinado a producir: ni los pesados impuestos ni los sobornos que tiene que pagarle a representantes del Estado y de la Unión Socialista para conseguir el menor documento o papel importante, ni la política de precios que es un robo del plustrabajo de millones de campesinos. Esta ha sido la política invariable de la burocracia egipcia durante siglos: al igual que los sultanes mamelucos solían comprar los productos de los campesinos libres por una canción, y especular con ellos en el mercado local, o con mercaderes venecianos, y luego venderle a los campesinos los bienes importados a precios fijos; al igual que el Estado de Mehmet Ali fijaba arbitrariamente los precios del algodón y los cereales y monopolizaba su compra para venderlos en el mercado mundial a más del doble del precio de coste, la burocracia de Nasser –secuela histórica de una clase burocrática decrepita– se alimentaba del campo, paralizando su desarrollo. La burocracia compraba un kantar⁴ de algodón al campesino por 18 libras, y lo vendía crudo en el mercado mundial por 33,4 libras; compraba un ardeb⁵ por 8,7 libras, y lo vendía en el mercado mundial por 51,3 libras. Esto significa una comisión forzosa de 42,6 libras (estadísticas del Banco Central de Egipto)»⁶

El fracaso de la reforma agraria para mejorar la situación financiera y el nivel educativo del proletariado agrario y de los campesinos pobres convirtió a las zonas rurales en una reserva de desempleados: el 25 % de su mano de obra. En lugar de convertirse en un mercado, animando la industria egipcia, las zonas rurales se convirtieron en una carga para la economía egipcia, sumida en una crisis. Por supuesto, esta crisis difiere cuantitativamente de las crisis de una economía desarrollada. Es una crisis de subproducción y de incapacidad de producir capital. La economía egipcia no ha alcanzado –y probablemente nunca alcance– el estado de una crisis de sobreproducción y sobreacumulación de capital.

El declive de la agricultura provocó una ruptura en las relaciones campesino/tierra y un éxodo masivo a las ciudades, especialmente a El Cairo, donde se concentran los privilegios de clase: la mitad de las universidades, el 60 % de los médicos, etc. Así, la población de El Cairo aumentó a los nueve millones (aproximadamente el 19 % de toda la población), con otro millón de personas de paso por El Cairo cada día. La densidad de población, especialmente en los barrios marginales, alcanza las 150.000 personas por km², y en sus atestadas calles circulan diariamente 317.000 automóviles, camiones, autobuses y coches de caballos. De las 800 empresas industriales de Egipto, 260 están en el Cairo. La mayoría del resto están diseminadas por otras ciudades.

La burguesía burocrática no podía movilizar este enorme ejército de subproletariado del campo, para luchar contra las revueltas proletarias, como había hecho la burguesía del siglo XIX en Francia e Italia. Como demostró la revuelta del 18-19 de enero de 1977, el subproletariado era el aliado del proletariado revolucionario, que planteó las reivindicaciones más radicales de todos los grupos oprimidos de la sociedad egipcia.

Fracaso de la industria

En una sociedad como la egipcia, la industrialización no podía afianzarse sin modernizar la agricultura para ampliar y diversificar las necesidades del mercado interior. Éste, a su vez, no podría satisfacer las necesidades de una serie de industrias básicas, como los fertilizantes, la siderurgia, el textil y el calzado. Estas son las industrias iniciales de una burguesía que aspira a entrar en la época industrial, porque pueden resolver en cierta medida el problema del desempleo, ya que pueden absorber a grandes cantidades de trabajadores y no exigen una alta calificación técnica. Sin embargo, la burocracia nasserista, como cualquier burocracia oriental no industrial, estaba más apegada al principio oriental de autoridad que al principio occidental de rentabilidad.⁷

Se podría hablar interminablemente sobre la corrupción en el seno de la administración económica: militares jubilados y de dudosa lealtad enviados a gestionar las fábricas, mientras que licenciados en paro se enviaban arbitrariamente a fábricas e instituciones para formar en ellas una burocracia en forma de pulpo, cuya única función era organizar el proceso de explotación. La administración económica, con su proverbial corrupción, contribuyó a retrasar la productivi-

dad de la industria en el sector estatal vendiendo piezas de recambio y materias primas al sector privado en el mercado negro. Esto llevó a una caída de la productividad industrial y a un aumento de los costes.

En tales circunstancias no hubo interacción positiva entre el desarrollo nasserista de la industria y la agricultura. La industrialización no contribuyó a modernizar la agricultura, sino que fue más bien uno de los factores que la frenaron, ya que más del 25 % de las ventas de algodón egipcio se destinaron a saldar las deudas industriales y militares solo con el bloque del Este.

Una burocracia hinchada e ignorante

Una serie de factores internos frustraron el intento nasserista de resolver la crisis de la acumulación primitiva de capital, el más importante de los cuales fue la hinchada burocracia que consume descaradamente la mayor parte de la producción social. Según las estimaciones más fiables, la burocracia estatal absorbe más del 60 % del presupuesto. Es una suma increíble. Si se hubiera invertido en producción para satisfacer las necesidades del pueblo, habría sido suficiente para resolver el problema de la desnutrición. Sin embargo, no hay manera de hacerlo si no es disolviendo la burocracia estatal en favor de una organización comunal autogestionada a gran escala. De lo contrario, la burocracia estatal y la burguesía del sector privado seguirán imitando –o incluso superando– el derrochador consumo occidental mientras el pueblo se encamina a una hambruna general en un estado de desigualdad flagrante: en EEUU, el 20 % de la población consume el 32 % de todos los bienes de consumo; en Egipto, el 2,3 % consume el 25 % de todos los bienes de consumo, el 7,7 % consume el 19 %, y el 90 % consume el 56 % restante de los bienes. El mantenimiento del ejército, el 30 % de la renta nacional, representa un serio obstáculo para garantizar «comida para todas las bocas», como dijo el buen dramaturgo, pero muy anacrónico, Tawfiq Al-Hakim, erigiéndose en economista simplón.

Las sumas despilfarradas en la guerra entre 1967 y 1973 ascendieron a muchos miles de millones de dólares estadounidenses. Como demostraron las guerras de junio de 1967 y octubre de 1973, el ejército era incapaz de defender el país contra la ocupación sionista. En manos de la clase dominante, el ejército se convirtió en una fuerza para reprimir las revueltas del proletariado en el interior y para intervenir fuera de Egipto, para defender los regímenes árabes, como fue el caso

de Sudán de 1971, o podría ocurrir en el futuro en Arabia Saudí o en alguno de los emiratos petroleros. Además, se convirtió en un centro de la inteligencia estadounidense, que está a la caza de otro Nasser que sustituya a la actual banda cuando haya cumplido su propósito, con la esperanza de que un líder así sea más capaz de impedir que el proletariado naciente se afiance.

El único ejército indispensable para Egipto son sus trabajadores, liberados de cualquier tipo de dominación de clase, y armados para hacer frente a la contrarrevolución internacional que amenazará su nueva forma de vida.

Como no se separó de su turbio pasado, la burguesía burocrática árabe siguió siendo ortodoxa hasta la médula. En ninguna de sus etapas de desarrollo cuantitativo mostró ni la audacia de la naciente burguesía occidental al oponerse a la religión y a la tradición, o el valor de la burocracia bolchevique al ajustar cuentas con el pasado precapitalista. Esto explica su total incapacidad –en la segunda mitad de este siglo– para responder a las exigencias reales del desarrollo capitalista, tan importante para ella.

Este desarrollo exige entre otras cosas la destrucción radical de la forma en la que está organizada la sociedad árabe-islámica, una forma inadaptable y hostil a cualquier tipo de desarrollo; las leyes del Corán que, 14 años después, siguen paralizando a la mitad de la nación árabe: las mujeres, condenadas por las leyes a quedarse en casa y llevar velo; los rituales religiosos orientales de los que el cristianismo se deshizo en el siglo III, cuando se europeizó y racionalizó, cinco oraciones junto con cinco abluciones religiosas diarias, poligamia, el ayuno del Ramadán,⁸ la destrucción despilfarradora de ganado durante el fiesta del Eid al-Adha y el peregrinaje a La Meca: estos rituales bárbaros siguen carcomiendo no solo la salud física y psicológica, sino también los ingresos del pueblo, que se hunde cada vez más en la miseria.

En busca de *Lebensraum*

En la situación de la burguesía egipcia, sería difícil superar completamente la crisis de la acumulación primitiva del capital, aunque superara los obstáculos previos, sin recurrir al saqueo de fuentes externas de valor. Sin embargo, fuera de los mercados del mundo árabe, esto era imposible para una burguesía que apareció cuando las esferas de influencia en el mercado mundial ya se habían dividido. Por eso la burguesía egipcia, que tenía desventajas geológicas y geográficas –escasez

de tierra cultivable, petróleo y minerales— siempre buscaba *Lebensraum* fuera de las fronteras de Egipto. Este había sido su objetivo constante desde la era de la invasión armada de Mehmet Alí de Sudán a principios del siglo XIX. Invadió en busca de esclavos para el trabajo no remunerado en sus proyectos agrícolas e industriales y sus guerras en el extranjero por valor ilícito y en búsqueda de oro, un recurso importante para la burguesía europea durante las fases de su acumulación primitiva de capital. Ha seguido siendo el objetivo de la burguesía hasta la unificación de Egipto y Siria en 1958 por Nasser, que esperaba unificar el Oriente árabe y sus emiratos petroleros. Con la temprana secesión de Sudán del Egipto de Nasser, el último perdió su único *Lebensraum* agrícola más allá de sus fronteras.

La unidad egipcio-siria, especialmente si se hubiera extendido a Irak, podría haber proporcionado a Egipto un mercado relativamente amplio y solvente. Sin embargo, la separación de Siria en 1961 condenó al fracaso el último intento de la burguesía egipcia de superar su grave crisis.

El intento de la burguesía egipcia de unir los mercados árabes provinciales en un mercado nacional podría haber iniciado el proceso de acumulación de capital a nivel del mundo árabe. Su fracaso la obligó a retirarse desesperada a su propio mercado, extremadamente limitado.

Este fracaso no solo se debió a la lucha del capitalismo mundial (capitalismo occidental y ruso) contra la unidad árabe, sino también a la naturaleza de los mercados provinciales de las otras burguesías árabes. Estos mercados no complementaban el mercado egipcio, sino que eran una prolongación del mercado mundial. Los pocos artículos de consumo perecederos producidos por las burguesías provinciales para satisfacer las necesidades del limitado consumo regional eran idénticos, no complementarios. Eso obligó a cada burguesía árabe a imponer fuertes derechos de aduana para fortificar su propio mercado frente a los demás mercados, especialmente el egipcio. Mientras las economías de la burguesías árabes no se complementen, todo intento de establecer, aunque solo sea, un mercado árabe común será imposible. La mejor confirmación de esto es la competición, o más bien la animosidad entre las dos burguesías baazistas —la siria y la iraquí— a pesar de su proximidad y similitud ideológica.

La política de puertas abiertas

Bajo estas circunstancias, la unidad árabe voluntaria era imposible. En cuanto a unificar el mundo árabe empleando los métodos de Bismarck –imponiendo la complementariedad en todos los mercados árabes, abriendo por la fuerza las fronteras provinciales a los productos egipcios o al menos limitando las soberanías provinciales–, el capitalismo mundial (occidental y ruso) –que era hostil a cualquier intento de ser relativamente independiente de él– no lo toleró.

El fracaso de la burguesía egipcia en la modernización de su mercado, la secesión de Sudán y luego de Siria, el fracaso de la intervención militar egipcia de 1962 en Yemen –la puerta del petróleo saudí– y, finalmente, su humillante derrota en 1967, todo ello hizo que la burguesía estatal egipcia abandonaran toda esperanza de superar su crisis histórica abriendo los mercados árabes a sus exportaciones industriales y agrícolas para financiar proyectos de desarrollo con los beneficios.⁹ En un intento incierto de evitar el colapso, la burguesía egipcia tuvo que elegir el menor de dos males: primero, la integración incondicional con el mercado ruso, en peores condiciones que las establecidas para Cuba y las burocracias de Europa del Este, para tener acceso a su tecnología, expertos y préstamos usurarios. Había obstáculos en el interior: la profunda alienación religiosa y el estancamiento histórico de la burocracia árabe no industrial; y en el exterior: la dominación de Rusia sobre Egipto pasa lógicamente por tener acceso al mundo árabe y su petróleo. Eso significaba una violación del tratado de coexistencia «pacífica» y de la división del trabajo en el mercado mundial, que el imperialismo occidental no habría tolerado. Estos obstáculos reducían las posibilidades de alcanzar esta solución. La segunda opción era abrir incondicionalmente las puertas del mercado egipcio a las compañías multinacionales y el capitalismo petrolero, lo que la burguesía egipcia denominó la política de puertas abiertas. Esto es lo que hay que examinar para ver sus posibilidades y efectos en la crisis de la burguesía egipcia.

En octubre de 1973, la única moneda fuerte que había en la tesorería egipcia ascendía a las 30.000 libras. En palabras de Sadat, la economía egipcia estaba a «un grado bajo cero» y, en su opinión, esa fue una de las razones más importantes para librar la escenificada guerra de octubre. Aprovechando esta guerra, la burguesía petrolera aumentó enormemente el precio del petróleo. Así, en poco tiempo aglomeró enormes capitales que no podía invertir localmente.

El capital petrolero «nómada» comenzó a deambular entre los bancos estadounidenses y sus ramas en Europa, sujetas a inflación y a la devaluación oficial de las monedas, caprichos de la crisis monetaria. Los intentos de evitarlo comprando oro e inmuebles no tuvieron éxito porque la burguesía estadounidense puede cambiar sus precios a su antojo, y el sector inmobiliario no es el campo de inversión ideal para el capital que intenta convertirse en capital industrial lo más rápidamente posible – habiendo sido hasta entonces capital rentista depositado en los bancos.

Así, invertir en la industria internacional significó *Lebensraum* para el capital petrolero: las industrias petroquímicas estadounidenses y francesas (especialmente para el capital saudí), Mercedes y las industrias petroquímicas rumanas (capital kuwaití), Fiat (capital libio) y así sucesivamente. Es el comienzo de un proceso de integración profunda del capital petrolero con el capital monetario internacional

Esta integración no deja a la burguesía petrolera margen para independizarse realmente del capital mundial, cuyo apoyo es vital para su propia existencia. El otro *Lebensraum* –y quizás el más importante desde el punto de vista de la rentabilidad para el capital petrolero– sigue siendo el mundo árabe, especialmente Egipto, donde la mano de obra es baratísima (los salarios medios son de 18 dólares al mes), donde hay trabajadores cualificados, un mercado relativamente amplio y una posición comercial estratégica entre Asia, Europa y África. Invertir en el mundo árabe, estrictamente en Egipto –por supuesto, en coordinación con las compañías multinacionales y el Banco Mundial, que es uno de los instrumentos utilizados por la burguesía estadounidense para dominar el mundo– dará a las burguesías petroleras, especialmente a la burguesía saudí, la oportunidad de tener una enorme influencia en la política interior y exterior de las burguesías árabes no petroleras. Esta influencia podría equivaler a una tutela.

Ayuda, pero no inversiones

La burguesía petrolera, que se caracteriza por ser tribalmente separatista, sigue vacilando a la hora de hacer inversiones a largo plazo o a gran escala en Egipto. Esta vacilación se explica por temores siempre presentes: el temor de que a través de inversiones a gran Escala en Egipto pueda permitir a la burguesía egipcia –que desde el principio quiso anexionarse los países del Máshreq, incluyendo los despoblados emiratos petroleros– valerse por sí misma, y, en condiciones in-

ternacionales propicias, tras lograr la paz con la burguesía israelí, enviar de nuevo sus tropas a los pozos petrolíferos.

El temor más inmediato, sin embargo, es que al ayudar a Egipto a convertirse en una potencia económica en la región pueda crear una burguesía capaz de competir con ella en los mercados vecinos en caso de una probable crisis cambiaria, que es uno de los síntomas de una crisis internacional. Esto se debe al hecho de que la burguesía petrolera, con su gran capital, tiene una prisa loca para modernizar sus sociedades tradicionales seminómadas, gastando sumas fantásticas, en gran medida en vano. El plan quinquenal en Arabia Saudí, por ejemplo, prevé gastar más de 40.000 millones de dólares para construir 900 nuevas fábricas –además de las 620 fábricas existentes– para construir 18.000 km de carreteras modernas y establecer ciudades industriales enteras como Al Jubayl o Yanbu en el golfo. El último temor aterrador es la escalada de la lucha de clases en Egipto, que es incompatible con lo que desea el capital: estabilidad y paz social. Por otra parte, si se abandona Egipto, la burguesía petrolera también teme un estallido de peligrosas luchas sociales y sus consecuencias. Tawfiq Al-Hakim, escribiendo en el semioficial Al-Ahram, advirtió que «los manantiales de oro podrían convertirse en manantiales de llamas». Una tragedia shakespeariana.

Hasta hoy, las burguesías petrolera y mundial han intentado resolver esta difícil ecuación dándole a Egipto ayuda de naturaleza política más que económica, condenando a la burguesía egipcia a ser un satélite de Arabia Saudí dentro del mundo árabe, e internacionalmente un satélite de los Estados Unidos, especialmente en lo que se refiere a la estrategia para resolver el conflicto árabe-israelí, y para dibujar un nuevo mapa socioeconómico del mundo árabe y de Oriente Medio.

Las burguesías petrolera y mundial pretenden, al menos en esta fase, ayudar a la burguesía egipcia a aliviar sus problemas –especialmente a devolver los mil millones de dólares en préstamos a corto plazo más los elevados intereses, que son del 18 % de media, para financiar las importaciones de trigo y materias primas para las fábricas– pero no a resolver su crisis. (Sadat se imagina que esto puede conseguirse obteniendo 12.000 millones de dólares al año y logrando una tasa de desarrollo no inferior al 10 % anual). La razón: impedir que Egipto recupere el liderazgo del mundo árabe de manos de la burguesía saudí, cuya única pretensión sobre él es el petróleo y su amistad histórica con la burguesía estadounidense.

La ayuda proporcionada por el capital mundial y petrolero desde el levantamiento proletario del 18 y 19 de enero de 1977 refleja su estrategia frente a la burguesía egipcia. La Organización del Golfo para el Desarrollo (Arabia Saudí, Kuwait, los Emiratos Árabes Unidos y Catar) entregó a Egipto todo el capital –2.000 millones de dólares– inmediatamente, en lugar de pagarlo en cinco años a un tipo de interés de 4 % con un acuerdo de moratoria de cinco años. Esta deuda debe devolverse al fondo de la organización, no a los acreedores, para ser reinvertida en Egipto durante un periodo de 25 años. Arabia Saudí y Kuwait decidieron aplazar un año más la retirada de sus depósitos de 2.000 millones de dólares en Egipto, con opción de renovación. Así pues, la cantidad que la burguesía egipcia ha recibido en 1977 es de 5.000 millones de dólares. Esto es con el fin de satisfacer sus necesidades inmediatas, incluyendo el pago de sus deudas a corto plazo para 1977, que ascienden a 5.000 millones de dólares. La ayuda concedida a Egipto es de menos de la mitad de lo que necesita y mucho menos de lo que le prometió el rey Fáiisal tras la guerra de 1973.

Sadat, que tiene motivos para cantar entre lágrimas: soy rico, pero mis riquezas son todo promesas, «acusa a Arabia Saudí, en privado, de ser avara» (*Al-Hawadith*, 15 de mayo de 1977). La burguesía petrolera responde a través de sus portavoces que el volumen de créditos que ha concedido a la burguesía egipcia ha llegado a un punto en el que la prudencia es una necesidad absoluta. Justifica esta prudencia diciendo que el Egipto de Sadat es como un cántaro sin fondo, debido a la corrupción e ineficacia de su burocracia (*Al Rai al Aam* de Kuwait). La «avaricia» del capital petrolero no es realmente avaricia en el sentido moral al que se refería Sadat, sino cálculos políticos en línea con los planes de las compañías multinacionales: desear invertir en Egipto pero abstenerse de hacerlo, debido a factores contradictorios que solo podrían eliminarse tras conseguir la «paz» con la burguesía árabe –la clave de la política de puertas abiertas– y tras salir de la actual crisis mundial.

El capital dicta sus términos

La política de puertas abiertas significa seguridad y protección para el capital, lo que presupone, entre otras cosas, descartar la guerra con el Estado de Israel y la nacionalización unilateral, y exige la elaboración de un plan económico egip-

cio en línea con la estrategia del capital petrolero y las compañías multinacionales.

La «paz» con la burguesía israelí aun no se ha realizado, pero es la condición previa más importante para conseguir el resto. Esto explica el hecho de que solo se hayan realizado inversiones limitadas en el sector turístico egipcio: empresas hoteleras, seguros, bancos y las industrias de subcontratación. No es necesario entrar en detalles sobre el capital local. No solo hay muy poco, sino que no se puede invertir más que en los sectores no productivos que ofrecen beneficios rápidos: turismo, construcción, servicios y comercio, y sobre todo el comercio de bienes de lujo y las comisiones. Así, en menos de tres años, se han creado 50 empresas de exportación-importación, 22 de ellas bajo la dirección de antiguos ministros. Entre 1974 y 1976, los agentes obtuvieron un beneficio de más de dos mil millones de libras egipcias. La comisión de una sola transacción fue de tres millones de libras.

A falta de una reconciliación entre las burguesías árabe e israelí, la política de puertas abiertas no ha conseguido hasta ahora atraer capitales para invertir en la industria destinada a inundar los mercados vecinos con bienes de bajo coste, pero ha abierto la puerta a la importación de productos manufacturados.

A la espera de una reconciliación árabe-israelí, tanto el capital petrolero, a través de la Organización del Golfo para el Desarrollo, y el capital mundial, a través del Banco Mundial, exigen a Egipto una serie de pasos, algunos de los cuales parecen irrealizables en un futuro previsible: exigen la racionalización de una burocracia octopode y extremadamente conformista, en la que a veces cuatro funcionarios hacen el mismo trabajo con una productividad casi nula; exigen la modernización de los métodos obsoletos de administración que no dejan lugar a la iniciativa. Estos pasos parecen ser necesarios para allanar el camino para la penetración del capital en todos los aspectos de la vida social. Sin embargo, estas demandas son difíciles de cumplir porque esta burocracia está estancada y atrincherada. Durante generaciones, ha sido un obstáculo formidable para la liberación de las fuerzas productivas. La dirección egipcia, que tiene el mismo origen de clase que su burocracia, no tiene una varita mágica que pueda agitar para cambiar su burocracia en una burocracia estatal moderna de la noche a la mañana. Esto es lo que el capital exige de un Estado que se encuentra en un periodo de senilidad. El capital petrolero y mundial insiste en una serie de medidas inmediatas, tales como la exportación de los beneficios, la devaluación de la libra

egipcia, la eliminación de las barreras aduaneras, la reducción o incluso la abolición de los impuestos, la eliminación de las restricciones a la importación, el fin de la burocracia administrativa, y la elevación del nivel de los servicios. Esta insistencia es como si un hombre soltero exigiera que una viuda se hiciera virgen como condición previa para casarse con ella.

La realización de las otras condiciones previas no es difícil desde un punto de vista práctico: reintroducir el despido arbitrario de los asalariados, que se abolió por ley en 1962; anular el compromiso de emplear a todos los licenciados; suprimir las subvenciones pagadas por el estado (1.300 billones de dólares) para mantener bajos los precios de algunos productos esenciales como el pan, el azúcar, el té, los textiles y los fertilizantes. Pero esto podría poner en peligro a la burguesía egipcia, como demostró la revuelta del 18 y 19 de enero de 1977. ¡La prensa burguesa egipcia está todavía muy lejos de poder engañar a los trabajadores alabando la sabiduría del «comunista» Fidel Castro al restringir el consumo de alimentos de los trabajadores! Los trabajadores de Egipto, en su lucha por la supervivencia y la liberación total del trabajo asalariado, como todos los trabajadores del mundo, no reconocen la autoridad de nadie, sea «rojo» o blanco.

Contexto histórico de la crisis

Para entender la ineficacia de la ayuda circunstancial y condicional concedida o prometida por las burguesías petrolera y mundial para frenar la creciente lucha de clases en Egipto, tenemos que examinar en su contexto histórico la crisis de la burguesía egipcia, de la que la crisis económica solo es un aspecto. Se trata de una burguesía incapaz de permanecer en el poder sin el apoyo financiero –y probablemente militar en el futuro– del capital mundial. En la parte subdesarrollada del mundo capitalista, la situación de la burguesía egipcia es una expresión flagrante de la acelerada decadencia del sistema capitalista mundial.

La burguesía industrial puede haber sido capaz, sin ninguna intervención proletaria decisiva, durante todo un periodo histórico, de transformar su crisis sin salida en un doloroso periodo de adaptación, gracias a la destrucción de la guerra y a la penetración del capital en todos los aspectos de la sociedad, especialmente en las zonas rurales tras la crisis de 1929. Pero la burguesía subdesarrollada no encontró salida, a pesar de todos sus intentos de adaptación. Hoy se desmorona como resultado de la crisis del capitalismo en Oriente y Occidente. En este

sentido, la crisis actual es la crisis final, que solo deja a la humanidad proletaria una alternativa: revolución o guerra.

El fracaso de la burguesía egipcia en encontrar una salida de la crisis de la acumulación primitiva de capital no se debe, como afirman hoy sus líderes, a circunstancias desfavorables, como el enorme coste de cuatro guerras con Israel. Se olvidan de que la existencia de Israel les permitió manipular y engañar al proletariado durante mucho tiempo. Este fracaso puede imputarse a la situación histórica especial de la burguesía egipcia dentro del contexto de la historia general de la burguesía mundial. La historia del Egipto moderno, que comienza con la campaña de Napoleón en 1797, que convirtió a Egipto en una provincia de la Primera República durante tres años, no puede considerarse al margen de la penetración de la burguesía europea en Egipto, y después en el mundo árabe. Esta penetración se produjo en forma de importación de productos manufacturados.

A partir de mediados del siglo XIX, el capital monetario comenzó a invadir la región, acompañado o seguido de una invasión militar. El objetivo de esta penetración era unificar el mercado mundial y obligar a la antigua burguesía árabe a integrarse en la burguesía europea, como una burguesía agrícola no autónoma y como una burguesía industrial, dependiente de la menor fluctuación en este mercado mundial. Así, se les asignó un determinado papel: producir materias primas baratas (algodón) mediante la mano de obra barata, superexplotada y permanentemente reprimida. Además, la burguesía se vio obligada a mantener una política de puertas abiertas hacia la mercancía y el capital europeos.

La burguesía egipcia hizo cuatro intentos desesperados de mantenerse en pie como una fuerza capitalista relativamente autónoma, para superar su crisis. El primer intento lo llevó a cabo Mehmet Alí, que fue el primero en el Oriente árabe en intentar una revolución industrial burocrática. Pero en 1840 fue obligado por la burguesía occidental, en el santo nombre de libre comercio, a cerrar sus fábricas, a dejar de monopolizar el comercio, a disolver su ejército, a olvidar todos sus sueños de industria y de establecer un imperio, y, finalmente, a abrir el mercado egipcio a las mercancías europeas. El segundo intento lo hizo Orabi. Pero la Marina Real frustró el intento, y lo sepultó bajo las defensas derruidas de Alejandría el 12 de julio de 1882. El tercer intento lo protagonizó el partido Wafd en 1919. Sin embargo, la burguesía latifundista ausente fue incapaz de llevar una revolución a la victoria. Nasser hizo el último intento en 1952, pero acabó en

un fracaso total, del que la burguesía egipcia sigue sufriendo hoy en día. Tras el fracaso del capitalismo semiindustrial militarizado,¹⁰ la burguesía egipcia, en un último intento incierto de evitar el colapso, tuvo que convertirse en un mero subcontratista del capitalismo industrial, que a su vez está en crisis.

El concurso mundial

De hecho, es imposible comprender las dimensiones y, sobre todo, los horizontes de la crisis de la burguesía egipcia, si no es considerándola en el contexto de la crisis mundial.

La crisis mundial se puede atribuir a la caída real de la tasa media de ganancia, debida a la intensificación de la competición tecnológica, que obliga a las grandes empresas, tratando de abrir nuevas vías de comercio, a invertir considerables cantidades de capital a mejorar su tecnología a un ritmo más rápido que el desarrollo del modo de consumo. De este modo, se endeudan para comprar nueva maquinaria productiva lo antes posible. Esta es una de las causas más importantes de las pesadillas de la inflación y el desempleo galopantes, que, según todos los pronósticos, se harán crónicos. Así, la ineficacia de la renovación técnica que exige una reestructuración radical, el crecimiento del sector no productivo –en particular la publicidad–, la negativa del proletariado a aceptar el deterioro de sus circunstancias materiales, y el descenso de productividad del proletariado, causado por un aumento del absentismo, expresión del rechazo del proletariado de la esclavitud del trabajo asalariado.

Todo ello contribuye a la crisis cambiaria: saturación de los mercados industriales e incapacidad de los mercados agrícolas de consumir a gran escala. La salida lógica de la crisis cambiaria consiste en suprimir el intercambio, concentrando la actividad productiva en la producción de valores de uso en lugar de valores de cambio. Producir únicamente valores de uso es inseparable de la capacidad de cada persona de producir su vida cotidiana por y para sí mismo. Sin embargo, huelga decir que los economistas sugieren otras formas posibles de superar la crisis, cuyo denominador común es la absoluta necesidad de globalizar el capitalismo totalitario de Estado.

En Egipto, el mismo capitalismo de Estado se declara hoy en bancarrota: de hecho, los trabajadores egipcios sufren las desgracias de dos crisis a la vez, la cri-

sis local del bajo nivel de acumulación y la crisis mundial del exceso de acumulación. Esto se debe a que la situación del mercado mundial se ha globalizado. Así, cada vez que la parte desarrollada del mercado mundial comienza a estornudar, la parte subdesarrollada contrae neumonía.

La crisis ha tenido un efecto inquietante en el capitalismo desarrollado, pero uno catastrófico en el capitalismo subdesarrollado. La inflación, ese crecimiento que hace estragos en el cuerpo de la economía mundial en Occidente y Oriente, alcanzó un máximo histórico en Italia, con un 26 % anual. Sin embargo, en Egipto, donde el ingreso medio de la mayoría de los trabajadores está en un mínimo histórico, la tasa de inflación es del 51 % anual. Parte de esta inflación es «importada» de la burguesía industrial, de la que las burguesías subdesarrolladas importan todo, desde las agujas hasta los aviones. Otra parte se debe al aumento arbitrario de los precios por parte la burguesía local de mercancías importadas y exportadas. El resto puede atribuirse a los precios del petróleo, que se han cuadruplicado desde la guerra de 1973. La devaluación de la libra egipcia, exigida por el Fondo Monetario Internacional y el capitalismo petrolero, aumentará la tasa de inflación, que actualmente se está comiendo entre el 60 % y el 65 % de los salarios. La devaluación de la libra egipcia no fomentará las exportaciones, como ocurre en los países que producen por sí mismos sus medios de producción, sino que conducirá a la miseria abyecta de las masas proletarias y a más polarización social.

Desempleo, inflación, hambruna

Las masas proletarias de Egipto no son únicamente víctimas de la inflación, sino también del desempleo. Desde el principio, la burguesía egipcia ha sido incapaz de encontrar trabajo para los parados, y esta situación ha ido de mal en peor. Las estadísticas de 1969 indican que en las ciudades el 9 % de las personas aptas para trabajar, y en el campo el 25 %, están en paro. Se estima que esta tasa se ha duplicado, especialmente en El Cairo, que ahora tiene una concentración demográfica enorme y una gran número de hambrientos y desempleados. La incapacidad de la burguesía egipcia de darle empleo a los desempleados y aprovechar los recursos materiales y humanos del país la obligó a recurrir a créditos usurarios de Rusia y Occidente para financiar sus proyectos económicos, su burocracia y su ejército. Hoy está profundamente endeudada.

En 1976 los gobernantes de Egipto dijeron que sus deudas con el extranjero ascendían a 7.000 millones de dólares. A principios de 1977 aumentaron a 10.000 millones de dólares. Recientemente, el Ministro de Finanzas y Economía (Al-Qaisouni) declaró que las deudas exteriores de Egipto ascendían a los 13.000 millones de dólares, de los cuales 4.000 millones de dólares eran deudas militares con Rusia.¹¹

Parece comportarse como un criminal que intenta engañar a sus jueces haciéndoles creer que por fin ha decidido confesar. Parece que las deudas extranjeras ascienden a los 18.000 millones de dólares, pero las deudas totales ascienden, según el exministro de finanzas, Ahmem Abu-Ismaíl, a los 32.000 millones de dólares. Egipto paga 4 millones de dólares semanales en intereses por préstamos de corto plazo (los tipos de interés: 16 %, 19 % y 20 %), lo que supone una pesada carga para una economía que se hunde. Las deudas extranjeras totales consumen el 35 % de las exportaciones anuales. En 1976 el déficit de la balanza de pagos ascendió a los 3.250 millones de dólares, en un país cuyo PNB anual es de solo 11.000 millones de dólares. Solo las importaciones de comida –incluyendo 3,3 millones de toneladas de trigo estadounidense– ascendieron a 1.150 mil millones de dólares. Durante mucho tiempo, Egipto ha sido doblemente dependiente: del capital internacional y de la ayuda exterior, que representa más del 13 % de la acumulación de capital nacional.

A la espera de la «liberación» de la reconciliación con la burguesía israelí, y a que los capitalismo petrolero y mundial establezcan su política final respecto a las inversiones en Egipto, y a la espera del año 1980, cuando «la economía egipcia saldrá de su cuello de botella», en palabras de Sadat, «y comenzará la era de la prosperidad y el petróleo egipcio», la burguesía egipcia intensifica, día tras día, su explotación del proletariado. Amplía la jornada laboral de 8 a 10 horas diarias. Aumenta los impuestos indirectos, uno de los medios por los que el Estado roba una parte de los salarios, que en 1976 ascendió a 700 millones de libras. Y, por último, aumenta los precios y prohíbe las huelgas. Siendo las huelgas un delito castigado con la cadena perpetua, la extracción del plusvalor absoluto es el objetivo directo de la despótica política de explotación de la burguesía egipcia.

Los precios han aumentado drásticamente: durante los primeros 11 meses de 1974, los precios de los productos alimenticios locales han aumentado en un 300 %. El precio del pan, que constituye el 77 % del consumo alimentario diario

del proletariado, aumentó en un 50 %; el azúcar en un 25 %, el té y el arroz en un 35 %, la carne en un 60 %, los cigarrillos en un 80 % (casi todos los trabajadores fuman), y la gasolina en un 40 %. En general, los precios han aumentado en un 120 % desde 1973.

La regla es: de los bolsillos de los trabajadores a las cajas fuertes de los comerciantes. Los beneficios de los comerciantes, sobre todo por la venta de productos importados, llegó al 100 %, por los alimentos en conserva, al 105 %, y por la ropa, al 120 %.

La inflación de los precios no es la única plaga. Se le pueden añadir al menos otras dos: el asombroso aumento de los alquileres de viviendas, y los sobornos. Es imposible obtener cualquier tipo de servicio del aparato estatal sin pagar un soborno, que aumenta en proporción a la importancia del servicio requerido.

Se puede describir la condición del proletariado en el Egipto de hoy en una sola palabra: hambruna. Esta condición no es nueva, como afirman los manipuladores estalinistas y nasseristas. Lo que es nuevo es que el proletariado sea consciente de ella y la rechace. La mayoría de los obreros del sector privado¹² trabajaban bajo el régimen de Nasser, y siguen trabajando, bajo condiciones de trabajo casi de corvea. El salario medio de los trabajadores de este sector oscilaba en 1967, por ejemplo, entre 1,3 y 3,6 libras egipcias al mes (una libra egipcia = 2 dólares estadounidenses, aproximadamente). Los niños –llamados aprendices– empleados especialmente en las industrias del cuero, el calzado y el textil reciben como «salario» dos cuencos de habas diarios, igual que en la Edad Media. Por eso, en el mismo año, este sector consiguió un elevado margen de beneficios: el 10,5 % en la industria del mueble, el 20,6 % en el sector alimentario, y el 24,4 % en las ramas del textil y el cuero. El salario medio de los trabajadores «privilegiados» del sector público oscilaba, en el mismo periodo, entre un mínimo de 9 libras y un máximo de 24 libras al mes.

Debido a la creciente gravedad del desempleo y la inflación, junto con el frenético aumento de los precios en la actualidad, la situación de los trabajadores de los sectores privado y público se ha deteriorado. Las masas proletarias son incapaces de comprar verdura y carne más de dos veces al mes. Por otra parte, la burguesía alardea provocativamente de su riqueza y de su vida de lujo: en los primeros once meses de 1976, importó bienes de consumo duraderos (frigoríficos,

televisores, etc.) por valor de 69 millones de libras, mientras que «los egipcios tienen que beber agua contaminada porque no hay divisas para comprar materiales de purificación» (*Al-Hawadith*, 4 de mayo de 1977).

Debido a su trágico estado, su miseria y sus luchas diarias, el proletariado ha comenzado a darse cuenta cada vez más de la necesidad de organizar un contraataque a un amplio nivel social, que es la única forma adecuada de librar una lucha de clases revolucionaria para acabar con la esclavitud del trabajo asalariado y construir una sociedad sin clases.

Los sucesos de 1971-72

En 1966, el periodo de progreso coyuntural había terminado. Y en 1977, la derrota militar profundizó la crisis económica y le dio una dimensión política. La conjunción de la crisis política abierta con la crisis económica crónica puso al descubierto no solo los ilimitados «logros» nacionales y sociales del Egipto nasserista, sino también sus mitos. El antagonismo hacia la reacción árabe fue refutado por el propio Nasser, cuando se reconcilió con el rey Feisal de Arabia Saudí, durante la Conferencia de Jartum en agosto de 1967. El «antiimperialismo» se acabó cuando Nasser le pidió al presidente Nixon, en su patético llamamiento, que impusiera una solución pacífica a la lucha árabe-israelí. Y la «profundidad de la construcción socialista» se acabó con el fomento del sector privado, que multiplicó por cuatro el valor de sus exportaciones entre 1966 y 1969.

Nasser murió en septiembre de 1970, y la resistencia palestina, el último movimiento nacionalista árabe radical que captó la atención de las masas árabes oprimidas, fuertemente sacudidas por la derrota de 1967, fue a su vez derrotada. El 13 de mayo de 1971 estalló una crisis política en la dirección, entre las dos facciones que luchaban por el poder. La una prosoviética, bajo la dirección de Ali Sabri, y la otra proestadounidense, con Sadat a la cabeza,

El problema era como resolver la crisis política y económica. ¿Era dependiendo de los soviéticos y del sector público, o era dejándolo en manos de EEUU y del fomento del sector privado, y siguiendo una política de puertas abiertas hacia el petróleo y el capital internacional?

Ganó la facción proestadounidense y prosector privado. Se inició la racionalización del sector privado, liberando su economía de los obstáculos del omnipresente capitalismo de Estado.

De hecho, la política liberal de Sadat era una invitación a la burguesía local e internacional a ayudarlo, después de que la burguesía estatal no lograra encontrar una salida a su crisis económica, y también en vista de que la dependencia de la ayuda militar y política soviética frustraba cualquier intento de llegar a un acuerdo con Israel.

Todos estos acontecimientos, desde junio de 1967 hasta mayo de 1971, constituyeron el principio del fin de las ilusiones nacionales que durante mucho tiempo habían colonizado la conciencia del proletariado árabe, y alentaron el proceso de emancipación de la conciencia proletaria, iniciando simultáneamente la organización de su contraofensiva.

El 21 de agosto de 1971, 10.000 trabajadores de la acería de Helwan organizaron una huelga salvaje que pronto se convirtió en una ocupación de toda la fábrica. Los huelguistas arrestaron a sus gerentes, los delegados del Ministerio de Industria, los representantes del partido gobernante, así como al secretario general de los sindicatos, enviado personalmente por Sadat para persuadir a los trabajadores de que pusieran fin a su huelga. La respuesta de los trabajadores en el momento de la detención de este último fue: usted no es nuestro delegado ante el Estado, sino el delegado del Estado aquí. Los trabajadores tenían una condición para poner fin a su huelga: satisfacer sus reivindicaciones, que pretendían detener el deterioro de sus condiciones materiales. Amenazaron con apagar los altos hornos si la policía intentaba ocupar la acería por la fuerza.

Al mismo tiempo, 200.000 trabajadores de otras fábricas de Helwan iniciaron una huelga de solidaridad. Amenazaron incluso con ocupar sus fábricas si el Estado rechazaba las reivindicaciones de sus camaradas de la acería. Al cabo de 32 horas el Estado cedió y aceptó sus reivindicaciones. Unas semanas más tarde lanzó una campaña de represión contra los trabajadores más militantes. Sadat mencionó esta huelga en uno de sus discursos, en el que acusó a los trabajadores de «hacerle el juego al enemigo que ocupa nuestra tierra».

La huelga y la ocupación de la acería fueron el punto culminante de una corriente intensa de lucha de clases, rompiendo las cadenas de veinte años de dicta-

dura bonapartista que impuso al proletariado una «sagrada unidad nacional» mediante una brutal opresión, física e ideológica.

Desde este acontecimiento, Sadat y sus medios de masas han librado una guerra contra el renacimiento de la lucha de clases, tras un largo periodo de hibernación; utilizaron eslóganes anacrónicos como «retorno a los valores de la aldea», «respeto a la familia» y «solidaridad nacional contra la ocupación extranjera». No solo eso, sino que los medios de masas lanzaron una vasta campaña para alabar el «espíritu de sacrificio», de «ascetismo» y propagar las virtudes del contentamiento; de hecho, volviendo a la santidad de la privación impuesta por el Islam a los pobres y los débiles. Además, se organizó una amplia campaña contra el «resentimiento de clases, que es destructivo en lugar de constructivo».

La campaña no benefició en nada a la burguesía egipcia, atemorizada por la intensificación de la lucha de clases. Los «lamentables» acontecimientos continuaron, es decir, el enfrentamiento diario con la policía, tanto a nivel individual como de grupo. Los trabajadores siguieron luchando dentro de las fábricas contra las arbitrariedades de sus superiores, la caída de los salarios a medida que las jornadas laborales aumentaban. Exigieron la elección de comités de delegados que pudieran ser revocados en cualquier momento. Los trabajadores usaron diversos medios, desde el boicot a las elecciones sindicales hasta la toma de rehenes. En octubre de 1972, los trabajadores en huelga en el aeropuerto de Alejandría tomaron como rehén al ministro de Transportes –que había venido a persuadirlos de que pusieran fin a la huelga– hasta que se cumplieran todas sus reivindicaciones.

«Oh, Héroe del Cruce, ¿dónde está nuestro desayuno?»

Las burguesías egipcia y árabe en general reconocieron la profundidad y el peligro de este creciente movimiento proletario. Esta es la razón por la que la burguesía saudí, enemigo tradicional de la burguesía egipcia, se coordinó rápidamente con ella para escenificar una guerra grotesca con el objetivo de llegar a un acuerdo con Israel y, al mismo tiempo, avivar la mistificación nacional entre los trabajadores, devolviéndolos así a una etapa que históricamente ya habían superado. Así tuvo lugar la guerra de octubre. Las burguesías egipcia y árabe bailaron al son de «Victoria conseguida por primera vez en 500 años». Todos los escritores árabes, fueran nacionalistas, estalinistas o trotskistas, tocaban el tambor para el

partido oficial de la «Gloriosa Guerra de Octubre». Pero sus tambores estaban perforados. La crisis total era un recordatorio diario para el proletariado de la necesidad de deshacerse de las ilusiones nacionales y de sumergirse totalmente en la lucha social.

En pocos meses –un tiempo relativamente corto– el poder de las palabras engañosas y falaces cayó contra las duras condiciones del proletariado. Cuando en 1974 el Ministerio de Producción Militar intentó tocar la misma melodía sobre la victoria del 6 de octubre, los obreros en huelga de la Fábrica Militar 36 respondieron: «No 6, no 7, queremos un aumento, el salario mínimo debería ser de 20». Para los trabajadores, la guerra nacional que habían pagado con su sangre y dinero se parecía cada vez más a un acto de locura. La guerra social parecía ser su única arma para salvar sus condiciones de vida y sus vidas del salvajismo del capital.

Hasta entonces, los trabajadores habían librado la lucha mediante peticiones, boicot de las elecciones al consejo de administración, boicot de las elecciones sindicales, huelgas y sentadas; es decir, habían probado todos los medios de lucha sectorial. Tenían que pasar a la lucha total: dejar las fábricas por las calles y convertir las huelgas salvajes en ocupaciones completas de fábricas y ciudades.

El 1 de enero de 1975, los trabajadores de Helwan ocuparon sus fábricas. Las asambleas generales (que se habían convertido en el único lugar para discutir y tomar decisiones revolucionarias, sustituyendo a los sindicatos y partidos) se reunieron y eligieron a sus representantes para coordinar la ocupación de las fábricas y calles de El Cairo. Espontáneamente, los obreros desempleados y estudiantes proletarizados se unieron a la lucha, pues ellos también estaban resentidos y tenían aspiraciones radicales.

Los manifestantes pusieron patas arriba los buses; destruyeron y saquearon las grandes tiendas, incluyendo una tienda de discos soviéticos. También destruyeron oficinas de empresas e incendiaron el edificio de la Unión Socialista, el partido oficial egipcio.

Los manifestantes tenían reivindicaciones económicas: contra cualquier aumento de los impuestos indirectos, contra las diferencias salariales entre obreros y directivos, contra los despidos sin preaviso, contra las subidas de precios y los recortes salariales. Gritaban: «Anwar Bey, Anwar Bey, un par de zapatos por 6 [libras egipcias]»; y «¿dónde está nuestro desayuno, oh, "Héroe del Cruce"?».

Levantaron pancartas políticas como «Prensa libre y una vida mejor». Exigieron la destitución de Hejazi (el primer ministro) por su política económica antiobrera. Y de hecho le obligaron a dimitir.

Por primera vez, los trabajadores tenían reivindicaciones políticas reformistas además de las económicas. Porque la dimisión de un primer ministro, o de otro alto funcionario, es un asunto fácil en un sistema que está sometido a fuertes presiones y que busca un chivo expiatorio para justificar su política antiobrera,

El proceso de dinámica social de una clase que ha empezado, por primera vez en su historia, a luchar por sí misma, le hará comprender definitivamente que su única reivindicación revolucionaria no es la dimisión del primer ministro, sino la abolición de la clase burguesa en su conjunto, y la abolición de todas las formas de explotación.

El 1 de enero de 1975, las fuerzas policiales centrales (formadas por Nasser en 1968 para reprimir las luchas obreras) rodearon Shubrā al-Khaymah para impedir que los obreros textiles se unieran a la manifestación de los obreros de Helwan en El Cairo. Pero en marzo del mismo año, 27.000 obreros textiles se declararon en huelga y realizaron sentadas en las fábricas de Shubrā al-Khaymah. Incluso eligieron sus consejos representativos y arrestaron a los gerentes y expulsaron a los organizadores del proceso de explotación dentro de las fábricas.

El ejército irrumpió con tanques y aviones. Hubo cincuenta muertos y 200 heridos, todos ellos obreros. Ni la intensa opresión ideológica practicada ampliamente por los medios de masas, que acusaba a los obreros de «traición nacional» y publicaron titulares como «Dayan y Rabin se alegran de presenciar la destrucción de El Cairo», ni la sangrienta opresión física consiguieron impedir que el proletariado luchara contra el intento de hacerle pagar la factura de la crisis y buscara su propia salida revolucionaria.

¿Un «rebaño de ovejas»?

Así continuó la lucha de los trabajadores contra sus patrones. En abril de 1975, los obreros de la azucarera de Nag Hamadi se declararon en huelga, debido a la anulación de su hora de descanso, que, según el director, afectaba al ritmo de producción y causaba pérdidas a la fábrica. Los trabajadores respondieron que

si había déficit, las causas eran los robos del director y sus compañeros, y no la hora de descanso. En diciembre de 1975, los obreros del arsenal naval de Puerto Saíd se declararon en huelga contra la reducción de sus salarios reales. En abril de 1976, los trabajadores de la United Arab Textile Company iniciaron una huelga, con una sentada, por el mismo motivo.

El 29 de junio de 1976, los trabajadores de la Fábrica de Automóviles de El Nasr se declararon en huelga. La administración se negó a pagarles la parte de los beneficios acordada, y el presidente de la junta directiva gritó delante de los representantes de trabajadores: «Son un rebaño de ovejas; los trabajadores volverán a la fábrica en cuanto oigan el silbato que pone fin al periodo de descanso». Cuando los trabajadores lo oyeron, convirtieron su huelga en una sentada y, enfrentándose al presidente, a la junta directiva, y al ministro de Industria, afirmaron: «Los beneficios son del 100 %, y van a parar a los ladrones». La asamblea general de trabajadores redactó nuevas reivindicaciones: ausencia de primas para directivos, pago del día libre semanal, reevaluación de la remuneración vinculada al tipo de trabajo, así como reevaluación de la remuneración por trabajo peligroso, pago de una comida, aumento de las prestaciones de la seguridad social y de los subsidios de transporte, y una campaña contra la corrupción de la administración. La policía intervino y le pidió a los trabajadores que formaran un comité para reunirse con el primer ministro, con garantías de seguridad para la delegación. Los trabajadores formaron este comité, pero todos sus miembros fueron detenidos dentro de la oficina del primer ministro. Como de costumbre. La sentada continuó, pero la policía penetró en la planta disfrazada de trabajadores y detuvo a decenas de ellos. Finalmente, una reivindicación, el pago de primas por beneficios, fue satisfecha.

En una sociedad en la que la crisis se ha convertido en un fenómeno diario, cualquier incidente, o reivindicación, o lucha librada en una fábrica o en la calle, se convierte muy rápidamente en un feroz enfrentamiento con las instituciones estatales. Podemos poner como ejemplo lo que ocurrió el 5 de septiembre de 1976, cuando los 240.000 habitantes del barrio popular de Al-Darb Al-Ahmar se enteraron del asesinato de Hussein Mohammed Hussein, tras haber sido torturado por la policía. Se reunieron espontáneamente, atacaron e incendiaron la comisaría de policía, e impidieron que los bomberos combatieran las llamas. La noticia se difundió rápidamente y hubo manifestaciones por todas partes: en Bab el-Khalq, en Midan al-Atbah y en la Calle Fouad. Sus consignas de clase

eran: «Sadat, recoge a tus perros, ¿dónde está la libertad?», «Libertad, libertad, ¿dónde estás?», «Los ministros viven en palacios, los pobres viven en tumbas», «¡No tenemos miedo, y seguiremos apoyando el derecho a huelga!», «Nuestras organizaciones autónomas están en contra de los explotadores».

Otro ejemplo: en octubre de 1976, al día siguiente de la «victoria» de Sadat en las elecciones presidenciales –se presentó sin oposición y solo hubo 500 votos en su contra– el partido oficial organizó una celebración de este acontecimiento histórico. Los trabajadores de la Compañía de Transporte Público celebraron el acontecimiento a su manera. A través de sus «delegados salvajes» plantearon las siguientes reivindicaciones a la administración:

1. Disolución del sindicato.
2. Limitación de la jornada laboral a siete horas.
3. Pago de primas para compensar el coste de vida, que había aumentado un 40 %.
4. Pago de las vacaciones (56 días al año).
5. Pago de los diez días de vacaciones de al-Fitr.
6. Seguridad para conductores y cobradores frente a agresiones de los pasajeros.
7. Pago de multas por infracciones de tráfico.
8. Mejora de los servicios médicos y sanitarios.

La administración rechazó estas reivindicaciones, y los trabajadores se declararon en huelga al día siguiente. Todos los esfuerzos de la administración y la policía para reventarla, aceptando algunas reivindicaciones y amenazando, fracasaron. Las fuerzas policiales centrales atacaron a los trabajadores, usando bombas de gas nervioso prohibidas internacionalmente. Los trabajadores contraatacaron con mangueras de agua.

En el barrio de Amira, los habitantes se unieron a los trabajadores de los garages y lucharon contra la policía, usando piedras. El resultado: 200 trabajadores heridos, algunos de ellos de gravedad. Pero los trabajadores no pusieron fin a su huelga hasta que se aceptaron sus reivindicaciones. La primera reivindicación, a pesar de la solidaridad mostrada por algunos sindicatos, fue la disolución del sindicato. Expresaba la conciencia de los trabajadores del papel del sindicato como

principal opresor que obstaculiza el desarrollo y la generalización de la lucha social entre todos los sectores de la economía, y su desbordamiento de las fábricas a la calle, de una ciudad a otra, y de un distrito a otro.

Cada huelga de la serie de huelgas que siguieron fue una especie de levantamiento, y una especie de ejercicio preliminar para la serie de enfrentamientos que vendrían, que empezaron realmente los días 18 y 19 de enero de 1977.

El levantamiento de enero de 1977

El lunes 17 de enero, el gobierno canceló las subvenciones a los alimentos esenciales, lo que provocó un aumento sustancial de los precios. Esta decisión gubernamental dio la señal para un levantamiento,

El martes 18, «los obreros iniciaron su movimiento desde la zona de las fábricas de Helwan, donde los trabajadores de la Artificial Silk Company y la Fábrica 45 se negaron a trabajar y se manifestaron. Las fuerzas policiales les esperaban, y los transeúntes lanzaron piedras...» (*Al-Abram*, 19 de enero de 1977).

En cuanto la noticia llegó a El Cairo, las masas empezaron a fluir hacia Midadan Tahrir, gritando: «Con nuestra sangre, con nuestras almas, haremos bajar los precios». La manifestación se dirigió hacia el Parlamento, gritó contra él e instó al Parlamento, incluyendo al Presidente de la República, a dimitir. Incluso citaron un discurso anterior de Sadat en el que mencionaba que pronto llegaría la dictadura del proletariado.

El mismo día, los estudiantes de las universidades de El Cairo y 'Ain Shams salieron en manifestación, a la que se unieron más tarde los estudiantes de secundaria. Ese día las fuerzas policiales lograron en general ser eficaces. Pero el 19, el día que entró en los anales de la burguesía egipcia como el Miércoles Negro, las manifestaciones comenzaron a las 8:30 de la mañana en la estación de metro de Helwan, en Maidan Louk y Maidan al-Atbah.

A mediodía, El Cairo se convirtió en un campo de batalla. Las masas usaron piedras y ladrillos de todas partes, y el proletariado penetró en las instituciones del Estado, saqueando e incendiando ministerios, edificios administrativos, y el Parlamento. Las masas atacaron simultáneamente las distintas comisarías de policía, para impedir que una rescatara a otra. También incendiaron la secretaría

general del partido gobernante, y destruyeron trenes y autobuses, conocidos popularmente como «latas de sardinas». Saquearon centros comerciales y destrozaron los escaparates decorados de las tiendas, cuyos propietarios escondieron el contenido que lograron salvar para venderlo después en el mercado negro. Los clubes nocturnos, que representaban la vida de lujo occidental para la gente que estaba al borde de la inanición, fueron igualmente sometidos al pillaje. «La burguesía egipcia o del golfo se gasta en una sola noche en uno de esos clubes tanto como el egipcio de a pie gana en cuatro meses». (*Rose al-Yūsuf*). El «Casino Nocturno» había ganado 15.000 dólares la víspera de su incendio. Los trabajadores que saquearon estos locales bebían *whisky* por primera vez en su vida. *Al-Abram* publicó una fotografía de una mujer pobre con una caja de *whisky* en su cabeza, con cara de felicidad.

El levantamiento tuvo lugar en El Cairo y en las otras ocho ciudades. De Alejandría a Asuán, la gente saqueó tiendas y se llevaron productos básicos que estaban acostumbrados a ver usar a la burguesía todos los días. Prendieron fuego a los grandes hoteles, como el Shepherd o el Sheraton, quemaron los grandes coches privados que a menudo chocaban contra ellos mientras circulaban a una velocidad enloquecida, ruidosos y contaminantes. Incluso prendieron fuego a las editoriales que producen los asquerosos periódicos que propagan todo tipo de mentiras contra ellos. También estaban en contra del arte comercial, quemando el coche del cantante Fuad el-Mohandes, y propinaron una paliza a este cómico como recompensa por sus chistes nocturnos en la televisión, donde intentaba desviar su atención de su miseria cotidiana.

Era natural que Sadat no pudiera entender la razón por la que estos trabajadores muestran tanto resentimiento de clase contra las instituciones y los bienes materiales. Así, preguntó: ¿La destrucción de centros comerciales y de tiendas en estos disturbios comunistas resuelve el problema de los alimentos y los precios? ¿Resuelve la crisis del transporte la destrucción de medios de transporte público? ¿Llegará la libertad si queman los edificios de los periódicos? Cita del discurso de Sadat: «Si un diputado hubiera venido al Parlamento, le habrían golpeado y habrían quemado su coche... como hicieron con todos los coches que salieron a la calle el otro día. Esto no es un levantamiento nacional, es comunista, es un levantamiento de ladrones». No sabe que el saqueo es una forma espontánea de arrebatarse la propiedad privada, que el proletariado utiliza como reacción a la violencia inherente a la producción capitalista. Miles de trabaja-

dores resultan heridos y muertos cada año en el trabajo, otros pierden sus vidas en una batalla civil y social. Las relaciones de clase meten en la cárcel a miles de trabajadores al año, mientras que las relaciones mercantiles rompen las relaciones reales entre seres humanos y las convierten en relaciones entre cosas. En las viviendas precarias se entierra diariamente a la gente, y la nación está dividida en dos partes, una minoría que vive en el lujo y una mayoría que languidece en la miseria, una miseria insoportable. Por último, está la explotación del hombre por el hombre. ¿No es este un orden de violencia contra los obreros? ¿Qué tiene de extraño que los trabajadores destruyan todo aquello que los mantiene encadenados y todo aquello que arruina sus vidas? Su violencia no era más que la crítica práctica a una sociedad bestial. Es una manifestación comunal de la solidaridad humana recuperada que no puede, bajo la actual sociedad de clases, afirmarse si no es practicada por el proletariado contra la dominación de la producción sobre los productores, y contra aquellos que dominan u organizan la dominación. Así como las masas fueron más violentas en su último levantamiento, también lo fueron sus pancartas y sus cantos:

Anwar Bey, un kilo de carne cuesta tres libras.

Anwar Bey, hijo de puta, nuestra vida cotidiana es una mierda.

Anwar Bey, te despreciamos, porque cada día nos hundes en una crisis más profunda.

El aumento de los precios es de 100 %, pero nuestros salarios están congelados.

Anwar, te vistes a la moda, mientras nosotros vivimos de diez en diez.

Anwar, tienes tu palacio de invierno, mientras nosotros vivimos en la humillación,

Anwar, todo el pueblo apoya a los trabajadores contra la injusticia y la explotación.

¡Anwar, no te queremos más, dimite, dimite!

Contra el primer ministro:

Mamdouh Salem, hijo de puta, has traído la miseria a nuestras vidas.

Contra el Presidente del Parlamento:

¿Quién es Syad Marai? Es el enemigo del fellah.

Contra la política de puertas abiertas:

¡Bajo la consigna de la Infitah, han robado al trabajador y al fellah!

Lo mismo se oyó y repitió en El Cairo, Helwan, Alejandría, en el Arsenal Naval, en la Escuela de Ingeniería de Alejandría, en el Maidan y en todas partes.

Esta vez, a diferencia de los acontecimientos de 1975, los obreros no levantaron consignas nacionalistas, solo consignas de clase de diversos grados de radicalismo. Algunos estudiantes (no todos) enarbolaron el nombre de Nasser.

Obreros, parados, estudiantes y juventud

Históricamente, en cada levantamiento proletario todas las capas sociales oprimidas salen a la superficie para expresar sus reivindicaciones; pero la fuerza decisiva es la que da nombre al levantamiento. El 18/19 de enero, la fuerza decisiva fue el proletariado industrial; pero no estaba –y en una sociedad como la egipcia no podía estarlo– solo. Sus aliados en esos días fueron las masas urbanas proletarizadas.

Según algunos diputados y *Al-Ahram*, cuatro millones de personas salieron a la calle el 18/19, obreros parados y juventud proletaria y educada. Los obreros industriales ascendían a un millón, y formaban la punta de lanza del levantamiento. Las masas proletarias desempleadas representaban una gran fuerza subversiva en Egipto, y ya habían demostrado en los levantamientos de 1975 y en el levantamiento de Al-Darb Al-Ahmar de 1976 que eran un aliado orgánico del proletariado industrial.

Después de que el Banco Mundial exigiera la derogación de la ley que garantizaba el empleo a todos los licenciados, los 200.000 estudiantes universitarios, así como el millón aproximado de estudiantes de secundaria, se dieron cuenta de que iban a verse abocados al paro. Cada año, 40.000 de ellos entran al mercado laboral, y su condición material (incluso después de graduarse y obtener un empleo) roza la miseria. Empiezan con un salario semanal de 15 dólares y en algunos casos de tan solo 10 dólares. Y cuando un licenciado llega a los sesenta

años su salario semanal no supera los 76 dólares. Pero el alquiler de un piso sin amueblar es de unos 50 dólares al mes, y hay que pagar una suma inicial de 5.000 a 12.000 dólares como fianza. Además, el coste de amueblar un piso es de aproximadamente 2.000 dólares. Por eso, la mayoría de licenciados casados tienen que vivir separados de sus esposas, viéndolas una o dos noches a la semana. Algunos licenciados tienen que hacer trabajos manuales, por debajo de su nivel de cualificación, y algunos aceptan trabajos extra fuera del horario de oficina, como conducir un taxi hasta diez horas al día. Estos son los más afortunados. En cuanto a los demás, no tienen más que sobornos para complementar sus ingresos, o de lo contrario deben permanecer en su bajo nivel de vida.

Esta situación social es la que les ha empujado a la lucha. Por supuesto, aislados del proletariado, su lucha permanecerá confinada en el horizonte del capitalismo, con reivindicaciones como el derecho al trabajo y el aumento del salario. La única forma que tienen de salir de esto es desembocar en la misma corriente que la lucha del proletariado: la abolición del trabajo asalariado.

Aproximadamente un tercio de los insurgentes eran jóvenes, de 10 a 16 años. Su participación se caracterizó por una gran violencia, que le causó gran inquietud a la burguesía. Por ello, *Al-Abram* pidió a los sociólogos que explicaran «el inquietante fenómeno de la participación de niños en actividades subversivas». Jamal Abu al-Gharaim, Director del Servicio de Salud, opinó que «el entusiasmo que muestran algunos niños hacia las actividades subversivas... tiene un trasfondo social, económico y filosófico, aunque no exime a sus mayores, que los miman con toda esa palabrería sobre problemas sociales, económicos y filosóficos. Esto fomenta en estos niños un sentimiento de hostilidad hacia la propiedad pública y, en general, hacia las personas responsables». (*Al-Abram*, 24 de enero de 1977), Claramente, los «mayores» a los que se refieren son proletarios.

Es natural que los sociólogos pasen en silencio sobre los deseos de los oprimidos y sobre la acumulación de violencia diaria a la que se ven sometidos los jóvenes, esos jóvenes proletarios que salieron a las calles el 18/19 de enero, para expresar de palabra y de obra su deseo rabiado de ser los sepultadores del viejo mundo.

Terror de la burguesía

El radicalismo del levantamiento y su autoorganización¹³ asustaron a la burguesía. «Lo que ocurrió el 18/19 amenaza a la unidad nacional. Muchos ciudadanos estaban muy asustados.» (Sadat). El levantamiento ha dejado no solo a la burguesía egipcia, sino también a la burguesía árabe, en un estado de vértigo del que aun no han salido.

Por miedo a una escalada, el régimen capituló, por primera vez en su historia. Tres horas después del levantamiento, se anularon las subidas de precios y se destituyó al ministro de Interior. Hay algunas pruebas de que la policía estuvo a punto de ser derrotada. En varios barrios las masas tenían un control total. «En la Calle Al-Harem, no se vio ni un solo policía durante los disturbios», se queja la propietaria de un club nocturno (*Rose al-Yūsuf*). Y en algunas localidades los insurgentes se apoderaron de los arsenales policiales. El propio Sadat admitió indirectamente la derrota de su fuerza policial: «En la defensa de las instituciones del Estado», dijo, «las fuerzas armadas cumplieron su deber. Esto no significa que la fuerza policial no cumpliera su deber... en absoluto... soportaron una gran carga, sin comparación con ninguna otra fuerza... Los instigadores [del levantamiento] querían agotar a la policía hasta el punto de que el país quedara indefenso, para poder saltar al poder. Los hombres de la policía se sacrificaron».

De hecho, en la tarde del 19, el régimen se vio reducido a arrastrar la religión al campo de batalla. El rector de la universidad teológica de Al-Azhar declaró que los insurgentes eran los enemigos de Dios. Y el ejército volvió a su tarea principal: defender al régimen contra el enemigo interno.¹⁴ A las 16:00 horas salieron las tropas: unidades de comandos y policía militar. Se anunció un toque de queda; cualquier reunión sería tiroteada en el acto, sin previo aviso. Pero un millón de insurgentes permanecieron luchando contra las tropas del régimen hasta altas horas de la madrugada. Las bajas, según un comunicado oficial, fueron de 79 muertos y 566 heridos.

Esta vez, todo el proletariado urbano de Egipto se unió en una actividad feroz y relativamente organizada. El movimiento no solo estaba más extendido geográficamente, sino que también tenía esencialmente un nivel de preparación, conciencia y organización revolucionaria más elevado que en levantamientos anteriores. Las masas proletarias se darán cuenta de sus puntos débiles: la falta

de iniciativa para ocupar las emisoras de radio y televisión con el fin de coordinar el levantamiento, la falta de agitación entre los soldados para que se unieran y la falta de llamamientos al apoyo proletario internacional, la falta de concentración del ataque contra los arsenales y, finalmente, la ausencia de una perspectiva comunista clara, que hizo que la actividad siguiera siendo solo negativa.

La burguesía se enfrenta a un agravamiento de la crisis y a un recrudecimiento de la lucha social, y no cuenta con las válvulas de escape de que dispone la burguesía occidental: los sindicatos y la «izquierda obrera». El único sindicato oficial de Egipto trabaja abiertamente como la policía del Estado dentro de la fábrica, y, por lo tanto, es incapaz de engañar a los trabajadores. Y, sí, se dan cuenta de que el partido oficial de la izquierda es parte del régimen. Por eso, cuando quemaron las sedes del partido gobernante, también metieron en el ajo algunas sedes del Partido de Izquierda. La burguesía se enfrenta al partido sin ninguna garantía.¹⁵

Incluso el «gobierno de unidad nacional», incluyendo a las oposiciones de derecha e izquierda, que Sadat consideró inmediatamente después del levantamiento, no sería capaz de resolver la crisis irresoluble. Porque la burguesía en su conjunto ya no es capaz de ofrecer reformas reales. El arsenal de sus concesiones está agotado y no le queda más que un arsenal de represión para hacer frente a la respuesta del proletariado a la crisis.

Tras el fracaso de un «gobierno de unidad nacional», la burguesía puede recurrir a una vez más a un golpe militar para bloquear el camino de la opción revolucionaria. Ni siquiera el hecho de librar otra guerra teatral con la burguesía israelí engañará a nadie esta vez; porque este tipo de truco de confianza que se utiliza en plena lucha de clases ha perdido su eficacia en Egipto. Porque el proletariado egipcio ya no tiene ninguna tarea nacional; su única misión ahora es social.

En el orden del día: una revolución socialista

Es cierto que la lucha de la clase obrera se ha mantenido hasta ahora más o menos en el terreno del capitalismo; una lucha por la mejora de las condiciones de explotación. Sin embargo, la incapacidad de la burguesía para conceder esto, unida a la propia dinámica del proletariado, seguramente impulsará a este

último hacia su propio terreno: la eliminación de la explotación y de los instrumentos que la salvaguardan. Esta dinámica es la que los grupos clandestinos de oposición tratan de amortiguar; porque, como resultado de sus aspiraciones estatistas, son incapaces de trascender los límites del capitalismo de Estado inquisitorial de tipo ruso o chino, y de percibir el nuevo contenido del movimiento proletario internacional.

Las consignas que lanzan estos grupos giran todas en torno a la «revolución nacional democrática». Estas consignas tenían cierto sentido en la fase creciente del capitalismo, en el siglo XIX, cuando el proletariado no podía de hecho de afirmarse más que en el terreno del trabajo asalariado, y la burguesía seguía hasta cierto tiempo comprometida en la lucha contra los restos del feudalismo y atacando la renta absoluta del suelo. Pero hoy –en lo más profundo de la crisis permanente (¡no cíclica!) del capitalismo mundial, cuando el proletariado solo puede resolver la crisis disolviéndose a sí mismo como proletariado y disolviendo la sociedad de clases en su conjunto– estas consignas no son simplemente más retrógradas que las consignas del viejo movimiento obrero, sino que son abiertamente reaccionarias.

Así como los objetivos de estos grupos, que quieren imponer al movimiento proletario, son reaccionarios, no lo son menos los medios que preconizan para la realización de estos objetivos. En efecto, como herederos de las tradiciones bolcheviques más decadentes, exigen a los proletarios que se agrupen en torno al «programa mínimo nacional y social», y, en particular, que se organicen en sindicatos «independientes», que serían tanto más capaces de hacer el trabajo de supervisores para el capital como hacen los sindicatos en Occidente, y en un partido «comunista» legal que sería más hábil que el actual partido gobernante y que los partidos de las oposiciones de derecha e izquierda oficiales para contener al proletariado, igual que el Partido «Comunista» de Siria o de Irak. Les gustaría que el proletariado domesticara su movimiento salvaje, para poder utilizarlo en un intento de establecer una formación capitalista más moderna.

El hecho de que el proletariado de Egipto se haya resistido pasivamente hasta ahora a la creación de un partido «obrero» que lo organice como clase para el capital –que es el principio del modo de organización sindicalista o bolchevique– no solo es una indicación de la forma salvaje de democracia directa de sus huelgas y levantamientos anteriores; también indica que el proletariado está empezando a ser consciente de la posibilidad de autoorganizarse como clase

para sí. En su conferencia del 2-3 de noviembre de 1975, el consejo de delegados de los trabajadores de fabricación de coque subrayó «el derecho de los trabajadores a formar sus consejos, y el derecho de cada sección a destituir su delegado cuando este ya no exprese su punto de vista». Este claro rechazo de la delegación del poder a largo plazo o permanente en el consejo general de los obreros de fábrica anuncia una lúcida concepción entre los proletarios del tipo correcto de organización obrera. Así, en el nivel inferior de la lucha de clases, habría organizaciones obreras autónomas que asumirían la tarea de difundir entre los obreros información objetiva sobre su lucha internacional y de divulgar teoría revolucionaria en general, y en particular aquellos elementos de la teoría que no son captados inmediatamente por la conciencia del obrero medio, lastrada como está por la ideología dominante, como la crítica a la religión, la familia, el patriotismo y otras ilusiones similares muy extendidas.

Estas agrupaciones obreras son revolucionarias en la medida en que hacen hincapié en la necesidad de disolverse, en cuanto la lucha de clases estalle en guerra civil, en la autoorganización del proletariado en su conjunto: en los consejos delegados de fábrica, de centro de trabajo y de barrio, un poder único y no compartido, elegido y revocable en cualquier momento. De este modo, todas las decisiones relativas a las cuestiones de la lucha en curso serían tomadas por el conjunto de la clase y no por una parte de ella, o desde el exterior.

Las organizaciones de la izquierda clandestina, cuando siguen hablando en su inane literatura sobre la necesidad de un «frente amplio antiimperialista» para realizar las «tareas nacionales traicionadas», intentan retrotraer el movimiento del proletariado a una fase que ha superado desde el levantamiento de 1975, si no antes.

En las condiciones de control real por el capital internacional, los movimientos de liberación nacional se han vuelto incapaces de realizar realmente ninguna tarea nacional. El destino de la resistencia palestina y los resultados de la guerra libanesa son significativos en este respecto. La liberación del mundo árabe de todos los aspectos del control imperialista solo puede lograrse mediante una revolución socialista que derroque todos los aspectos de la dominación del capital nacional e internacional; hoy en día ambos son una misma cosa. En cuanto a la cháchara sobre una revolución «patriótica», «democrática» o «ambivalente», aquí, allá o acullá, no es más que la mistificación burocrática de la conciencia proletaria, que le oculta la tarea central actual: el establecimiento de una nue-

va sociedad, en la que la producción no sea para obtener beneficios, sino para satisfacer las necesidades colectivas reales y los deseos individuales libres; una sociedad que atienda al profundo deseo de cada individuo de ser el verdadero artífice de su propia vida cotidiana y de su propia historia.

Notas

1. Cf. «El origen de la burguesía árabe» en mi libro: *The dictionary of the Communist Manifesto*, (Árabe) Beirut, Kar Ibn-Khaldun, 1975.
2. Un acre es una unidad de medida equivalente aproximadamente a 40 hectáreas, o 4.046 metros. Las áreas indicadas serían de, aproximadamente 9.105, 2.203, y 34.398 km², respectivamente. (N. del T.)
3. Véase «El origen de la burguesía árabe», *ibid.*
4. Unidad de peso oficial egipcia empleada para medir el algodón. Un kantar equivale aproximadamente a 45,02 kg. (N. del T.)
5. Unidad de capacidad egipcia. Un ardeb son 198 L. (N. del T.)
6. *Ibid.*
7. *Ibid.*
8. En 1969, Al-Ahram admitió que Egipto había perdido un total de un millón de jornadas laborales debido al Ramadán en ese año.
9. Otro día trataremos en detalle la unidad árabe.
10. El ejército es el agente histórico de estos intentos, porque la cristalización de clases en Egipto es débil. En Europa, por otro lado, las naciones y las clases modernas se crearon como resultado de la disolución de estamentos, especialmente del Tercer Estado. Sin embargo, donde estos estamentos no habían existido, no había diferencia entre el concepto de nación y el concepto de comunidad (en el sentido religioso). Ambos se dicen «ummah» en árabe, y por tanto las clases estaban entremezcladas, lo que las paralizó históricamente.
11. En 1976 Sadat admitió que desconocía la cuantía de las deudas extranjeras, ya que había malinterpretado a su primer ministro (Hejazi). Cuando Hejazi se había referido a libras esterlinas, Sadat había entendido que la cantidad era en dólares estadounidenses. No es lo único que desconoce. Ignora incluso la historia de su propia clase. En junio de 1977, mientras daba una lección de historia a los trabajadores, dijo que Nubar había formado el gobierno «salvad lo que podáis» en 1919, cuando en realidad Nubar había muerto en 1899, y había formado su gobierno en 1879 cuando el jedive Ismail declaró la bancarrota de Egipto. La historia se repite. Incluso Yusuf al-Sibai, presidente de la Organización de Escritores Afroasiáticos, y el editor jefe de *Al-Ahram*, publicó el discurso sin corregirlo. El pueblo egipcio tenía razón

cuando dijo: «El conocimiento es luz y la ignorancia es Anwar» (Luz = Nur en árabe. Anwar = Forma comparativa de «nur» en árabe).

12. Bajo Nasser, el 23,6 % de la producción alimentaria, el 24 % de la industria mecánica y el 86 % de la industria de la madera y el mueble pertenecían al sector privado.

13. El régimen acusó a cuatro partidos comunistas y a la embajada rusa de haber organizado el levantamiento. Estos cuatro grupos son pequeños y solo existen en las universidades. Estos grupos, que fueron acusados de organizar la sublevación y de liderar el sabotaje, han coincidido de hecho en que el «punto débil» del levantamiento fue su espontaneidad. ¡Se han declarado inocentes del sabotaje y algunos de ellos incluso consideran que fue una provocación policial!

14. Todos los ejércitos árabes están ya especializados en reprimir al proletariado. En Argelia, el ejército reprime las huelgas y masacra a los trabajadores. En mayo de 1977, Boumédiène sacó a sus tropas para romper la huelga de los estibadores de la capital. Resultado: ¡cuatro muertos y más de veinte heridos!

15. En busca de mitos tranquilizadores, la burguesía insegura ha recurrido a imbecilidades y supersticiones. Durante semanas hubo un largo debate en el diario más importante de El Cairo sobre «la virtud curativa de las moscas», que se menciona en la tradición oral del Profeta (Hadiz). Aparentemente, «se ha demostrado científicamente que son portadoras de anticuerpos contra muchas enfermedades, desde la disentería... hasta la oftalmia y la tuberculosis». El Ministerio de Asuntos Religiosos figura entre los partidarios de esta opinión. El corresponsal en El Cairo de *Al-Hawadith* escribió el 11 de abril de 1977: «Hay un nuevo fenómeno en El Cairo... el miedo en lo desconocido ha penetrado en algunos círculos burgueses; en muchos casos afecta a los ricos, especialmente a los nuevos ricos... Un gran número de egipcios organiza su vida según la astrología y los horóscopos». También menciona a los hombres de negocios que evitan hacer negocios en determinados días porque el «genio astrólogo», el Sr. Shamshi, les ha dicho que esos días no son propicios. Y hay algunos médicos que, por consejo de los astrólogos, no van a ver a sus pacientes en determinados días.